

CAPÍTULO III.

La educacion.

La experiencia es una excelente maestra de la teoría. Preocupado yo un día por la delicada cuestión de la educación de las niñas, fuíme á casa de un amigo, filósofo práctico, el cual educa por sí mismo á sus hijos en el campo. Al llegar, encontréle paseando con el conde B.... jóven de unos 28 años, enemigo nato, por la organización de su cabeza de toda idea de reforma, y en cuyas palabras se notaba una especie de desden burlon y ese buen sentido superficial que suele confundirse con el talento. Diríjame yo á inclinarme en la conversacion hácia el punto que me interesaba, y mientras tratábamos de la insuficiencia de la educación privada para las hijas, y de la ineficacia de la pública, oímos una voz fresca y tierna que llamaba ¡papá! ¡papá!!... Amigos míos, dijo nuestro huésped sonriéndose, mi hija me llama, y antes que todos los asuntos serios, allá voy. Púsose á escuchar de dónde venia la voz, y de repente el ruido de hojas movidas y de pasos que se acercaban, anunciaron la llegada del nuevo oyente: en seguida se apartaron las ramas mas bajas que formaban una especie de sala de verdor, y saltó ligeramente de entre ellas una muchacha de unos catorce años, diciendo: papá, ven á... y al vernos, sus palabras detuviéronse en sus labios. Hallábase en aquel período de transición, entre la infancia y la adolescencia

época crítica en que los hombres empiezan á saludar con respeto á las mujeres y en que este mismo respeto las confunde. Así, algo corrida de la precipitación con que entrara, la jóven se mantuvo silenciosa en medio de nosotros, mientras su padre (esos padres no tienen mas que orgullo), lleno de gozo, al verla tan bella, y mas contento aun con poderla presentar, no se curaba de librarla de su turbación; mas al fin la dijo:—Y bien, hija mia, qué es lo que querias?...—Nada, nada, papá.—Estaba seguro de tu respuesta: y no queriendo nada has llegado hasta aquí corriendo, de tal manera que apenas puedes resollar?... Dí, pues, porqué has corrido?—Padre mio, respondió ella, serenándose muy luego como todas las que no están acostumbradas á turbarse, venia á pedirte, de parte de mamá, qué distancia pondremos entre Saturno y Urania.—Encontrarás el cálculo escrito en mi gabinete, cerca de la esfera celeste: anda, querida.

Y la muchacha se alejó.

—¡Amigo!... dijo el conde admirado, ¿cómo es que vuestra hija ha venido á pedirnos la distancia de Saturno á Urania?...

El huésped (*sonriéndose*).

Para saberlo, amigo mio.

El conde.

Sin duda: ¿pero para qué?

El huésped.

Para formar en el terrado, con proporciones exactas, su pequeño sistema planetario.

El conde.

¿Cómo, su sistema planetario?...

El huésped.

¡Ah! ¿no os he dado á conocer todavía este invento mio?... Pues estoy muy orgulloso de él. Cuando hube enseñado á mi hija los principios de la astronomía...

El conde.

¿Vuestra hija conoce la astronomía?

El huésped.

No, no; la está aprendiendo; nos hallamos aun en el primer curso; mañana empezaremos el segundo. Cuando supo ya los rudimentos, para que no los olvidase, ocurrióme colocar en nuestro terrado.....

El conde.

Os chanceais, ¿no es verdad?... ¡Qué haria vuestra hija de la astronomía!

El huésped.

Lo que se hace de todas las ciencias: lo que se hace de la historia, de la física, de la química.

El conde.

¿Y tambien la enseñareis la química?...

El huésped.

¿Por qué no?

El conde.

Entonces no la faltará mas que saber latin.

El huésped.

Lo ha empezado ya, y entiende el oficio que cada domingo oye en la iglesia.

El conde.

¡Aprende el latin! ¡Sabrá el latin!

El huésped.

¿Pues no aprenden las jóvenes el italiano y el inglés?

El conde.

Es muy diferente: son lenguas vivas.

El huésped.

¿Y qué?

El conde.

Es muy distinto: yo no sé por qué, pero así se cree. Por otra parte, el inglés se habla; el italiano se canta; mas una lengua muerta, la lengua de los pedantes de colegio! ¿Y esa encantadora jóven conjugará, declinará y repetirá esos verbos en *ire* y en *are* que han hecho tantos imbéciles? ¿Han de salir infinitivos y supinos de aquella hermosa boca? ¿Perderá su naturaleza, su carácter de mujer? ¿Por qué es encantadora una mujer? Porque no raciocina.

El huésped.

Decid..... porque desatina.

El conde.

Porque es un pájaro que canta, un niño que juega, y sobre todo un corazon que ama. ¿Y puede amar una mujer que sabe el latin?

El huésped.

¡Oh! es imposible; dígalo sino Eloisa que solo en latin escribía á Abelardo.

El conde.

No me digais eso: la echais á perder; á mas de que, si Eloisa tenia el defecto de saber latin, á lo menos no era mas que este: pero ¡la astronomía! ¡la química! ¡la filosofía! ¡la

teología! ¿Puede una mujer ser ideal con todo ese fárrago

El huésped.

¡Oh! sí; es imposible; buena muestra de ello madama de Sevigné, que pasaba la vida leyendo autores latinos.

El conde.

Peor para ella. Pero ¿qué es madama de Sevigné con todo su genio? Una madre-autora. Ha trasmitido su amor maternal en cartas, y su corazón por *pos data*. Ved ahí donde vais á parar con vuestra educación avanzada. No bastaba que las mujeres fuesen sabias, será menester aun que sean escritoras.

El huésped.

Y aunque algunas escribiesen ¿qué mal resultaría de ello? ¿Acaso no las debemos elocuentes páginas, para que dudemos de si se ha de romper la pluma entre sus manos. Por otra parte, el medio mas seguro para moderar en las mujeres el deseo de escribir, quizás es instruir las; un buen seguro no habreis visto que sus obras sean nunca el resultado ó el resumen de trabajos y estudios. Sus libros son una imagen de su activa y devoradora ociosidad y de sus novelescas excursiones en los abismos del alma: escriben porque no trabajan ni saben: no toman, no, la pluma por impulsos de la ciencia, sino á impulsos de la imaginación. La imaginación, esa cualidad omnipotente en los seres poderosos y activos; mortal en los caracteres débiles é indolentes; ese ardor febril que alimenta de ilusiones la mente ociosa, y de quimeras el corazón vacío, devorando á aquellos á quienes no da vida; la imaginación, esa pérfida con-

sejera de las horas de indolencia, esa compañera inseparable de la displicencia, que se complace en mantenerla y acariciarla; esa perversa hada que por medio de lo que inventa desencanta todo lo que existe, y que no inventa mas que cosas imposibles! Sea en buen hora que vos la echeis de menos, como jóven; que en vuestros ensueños no veais mas que placer y seducción; de mí sé decir que, como padre, me espanta. Cuando contemplo á mi hija y veo resplandecer en su fisonomía juvenil las centellas del alma tempestuosa de las mujeres, y distingo en sus miradas profundas la imaginación y la melancolía, apodérase de mí una especie de terror, é inspirado por mi afecto, exclamo: ¡Alimento para esta cabeza jóven, alimento fuerte y sustancioso! Cuanto mas la mujer es una criatura móvil, impresionable, susceptible de inclinarse al bien ó al mal con las mismas cualidades, tanto mas necesita una educación seria y sólida que la sirva de contrapeso. ¿Acaso los médicos alimentan á los nerviosos con frutas y mazapan? Dícese, no obstante, que se ahoga su alma y se embota su sensibilidad. ¿Y desde cuando el conocimiento de las cosas bellas y el estudio habitual é inteligente de las obras de Dios, ha borrado en la criatura el mejor rasgo de semejanza con el Criador, la facultad de amar? ¡Ahogar su alma! Sí; el alma de los salones, la sensibilidad facticia y enfermiza. ¡Oh! esta sí, morirá; así lo creo; así lo espero; mas el alma tal cual Dios la contempla con placer, el alma tal cual las mujeres la han hecho brillar, tanto en las grandes revoluciones, como en la época del *terror*, el alma de las hijas,

de las esposas y de las madres, esta encontrará sosten y alimento (no lo dudeis) en el eficaz estudio de la naturaleza; que lo grande solo de lo grande se alimenta.

El conde.

Pero bien ¿qué es lo que comprende ese programa de educacion para la jóven?

El huésped.

Todas las ciencias y todas las artes, sin ninguna otra regla de exclusion que la disposicion particular de cada aptitud.

El conde.

Eso es asimilar las mujeres á los hombres; es desconocer la ley de los contrastes que constituye el encanto de la vida y de toda la riqueza de la creacion. ¿Cómo puede creer que los mismos estudios puedan convenir á dos seres tan diferentes?... Miradlos. ¿Aquella cabeza delicada y graciosa, puede contener el mismo cerebro que esta frente viril y esta cara barbuda? ¿Aquel cuerpo blanco y débil, puede encerrar el mismo corazon que esta vigorosa organizacion muscular? ¿Aquella voz suave y argentina, está destinada á expresar los mismos sentimientos que este órgano rudo y sonoro? Una de dos: ó bien vuestra hija se aprovechará de la educacion que la deis, ó no sacará ningun partido; en el primer caso, no será ella misma; en el segundo, se embrutecerá. En uno y otro, pues, dejará de existir.

El huésped.

Renacerá, digo yo. Creo, como vos, que la ley de la diferencia es el fundamento de la creacion: mas esa ley será

mas resplandeciente, con una sólida educacion dada á las mujeres. Bien así como plantas diferentes absorben de un mismo suelo distintos jugos; bien así como dos seres no se asimilan las mismas sustancias en idénticos alimentos, sino que al parecer solamente tomán las que convienen á su naturaleza particular; de la propia suerte, el hombre y la mujer no se aprovecharán del mismo modo de una leccion útil para ambos. Enseñad sin temor la historia y las ciencias á la muchacha y al jóven, y aquella no aprenderá lo mismo que este: lo que en el uno se convertirá en razon y fuerza, en la otra alimentará el sentimiento y la delicadeza; y así, desarrollándose la diversidad de su naturaleza, por la propia identidad de sus objetos de estudio, puede decirse que las mujeres serán tanto mas mujeres, cuanto mas habrán sido educadas virilmente. Diré mas todavía: de las ciencias que hemos mentado, no hay una sola que la mujer no la necesite para ser mujer.

El conde.

Probadlo. ¿Ha menester de la química?

El huésped.

Andais extraviado: ¿convenís en que se ejerce mejor un oficio cualquiera, sabiendo lo que se hace, que ignorándolo?...

El conde.

Os chanceais.

El huésped.

¿Convenís en que el culto de la limpieza y de la elegancia, el cuidado de la salud del marido y de los niños, for-

Educacion de la mujer para la vida

¿Necesitables formas de adaptacion al conde para hombre y mujer?

man parte de los deberes de la mujer, y que esta esté interesada, por ejemplo, en que la ropa blanca de su casa sea como la nieve?...

El conde.

Sin duda.

El huésped.

Pues bien: el lavado pertenece á la química. Segun vuestras ideas patriarcales, la mujer debe procurar adquirir alguna gloria en el gusto exquisito de sus conservas.

El conde.

Ciertamente.

El huésped.

Convenido: las conservas son igualmente del dominio de la química: de la química depende el variado arte de la cocina, es decir, de la higiene. La química enseña los preservativos y los remedios contra los envenenamientos alimenticios: de la química depende hacer las casas sanas. La jóven que quita una mancha de su pañuelo de cachemira, hace una operacion química. ¿Negareis la necesidad de semejante estudio?

El conde.

Os concedo la química; mas la geometría?

El huésped.

¿Qué se propone la educacion? Dos cosas: desarrollar lo que es fuerte y robustecer lo que es débil. El defecto general de las mujeres consiste en la falta de fuerza en la razon y de solidez en el raciocinio; de ahí las inconsecuencias que pasan de las ideas á las acciones: la mitad de sus fal-

tas de conducta son faltas de lógica; la geometría, disciplinando su entendimiento, rectorificará su vida; los entendimientos exactos son los que producen acciones rectas.

El conde.

Admitamos la geometría. ¿Y la historia natural?

El huésped.

Aquí cambio de sistema: precisamente quiero dedicar á las mujeres á este estudio, en beneficio de la propia historia natural. Madama Necker de Saussuré, en su precioso libro sobre la educacion, ha indicado ya una parte de adelante que el genio de las mujeres podia realizar en esta ciencia; pero hay singularmente un objeto capital, en el que su concurso seria un verdadero beneficio: tal es en la domesticacion de las especies animales. Todavía nos falta conquistar, casi por entero, el reino animal: de los diferentes millones de insectos que pueblan el universo, solo hemos utilizado una especie, la de los gusanos de seda; cinco ó seis cuadrúpedos, y ocho ó diez variedades de volátiles, forman acerca de este punto toda nuestra riqueza. Las mujeres solas, con su talento de observacion, su genio práctico, su limpieza, su paciente suavidad, y su instinto naturalmente educador, multiplicarian esas dominaciones pacíficas, y tanto la mujer del colono como la del propietario, encontrando en esta ciencia, la una un guia para el gobierno de la granja, y la otra una distraccion para sus ratos de ocio, harian de su perfeccionamiento individual un progreso para la humanidad. Si las jóvenes del canton de Jersey hubiesen recibido algunas nociones de historia natural, tal

vez la vacuna se hubiera descubierto doscientos años antes.

El conde.

¡Dios mio!! ¿Quereis tambien que las mujeres aprendan medicina?

El huésped.

Quisiera mas: quisiera que el Estado estableciera un curso público de medicina higiénica para las madres. Todas debieran saber auscultar á sus hijos, conocer los sistemas de las enfermedades eruptivas, prestar los primeros auxilios en una convulsion, y hacer bien lo que hacen mal. ¡Cuántas madres han perdido á sus hijos por no saber distinguir la tos del garrotillo!

El conde.

¿Y sabéis lo que resultará cuando hayais conseguido amontonar todas esas ciencias en la cabeza de una mujer que la mujer habrá desaparecido y no quedará mas que un pedante. Hay mil ejemplos vivientes, y otros que no los son para probarlo.

El huésped.

¿Y qué importan esos ejemplos? La mujer es hoy la misma mujer. Pensad de dónde viene y la manera cómo se ha educado á esa emancipada de ayer. Nuestras madres no sabían escribir y hacían gala de ello. Las mujeres de nuestros tiempos llevan todavía el signo de la esclavitud intelectual de las edades precedentes: en punto á instruccion son novicias, mas cuando la libertad y su poderoso soplo haya pasado sobre esta raza y la haya regenerado; cuando la excepcion de hoy, llegue á ser la regla de mañana, cuando la ciencia se

el patrimonio de algunos, y la instruccion la herencia de todos, entonces, jóvenes y mujeres, despojándose naturalmente de ese pedantismo, y andando libremente por esa nueva senda, como en su natural dominio, prestarán el apoyo de la ciencia á su delicadeza, y tal vez el apoyo de su delicadeza á la ciencia. Hay un especial objeto de estudio, que no hemos hecho mas que indicar, en el que me parece que el genio femenino debe obtener maravillosas conquistas: hablo de la astronomía. Como ciencia de lo infinito, pertenece legalmente á esas sacerdotisas de lo desconocido, segun las llamaban los germanos. ¿Quién se atreverá á afirmar que esas organizaciones tan finas, tan delicadas, tan perspicaces, no traspasarán, en la naturaleza, esos velos ante los cuales se detiene como embolada nuestra razon, menos inspirada por el espiritualismo? Es verdad que no harán los mismos descubrimientos que nosotros; pero quizás llegarán á mayor altura por vias que no prevemos. Nunca olvidaré un espectáculo del cual fui testigo. Asistia á una leccion de astronomía, dada á una jóven y á su hermano; abriase por primera vez á sus ojos el gran libro celeste: ambos estaban sentados delante de su maestro y se les presentaba el magnífico cuadro de los soles mas innumerables que los granos de arena del mar, esos mundos que vuelven á empezar mas allá de los mundos; Dios, sin límites en su poder, como el espacio en su extension; en una palabra, el infinito. El muchacho escuchaba y miraba con ardor, permaneciendo inmóvil; con la vista fija y las cejas fruncidas, deseaba comprender: la jóven no hacia mas que

sentir; estaba pálida, agitada, y con los ojos preñados de lágrimas levantábase de la silla á pesar suyo, volvía á acercábase á su maestro como atraída por la sorpresa; parecía que las palabras evocaban delante de sí una aparición llena de temor y encanto. Él buscaba á Dios: ella le veía.

Así se materializó ante mí, si es lícito hablar de esta suerte, ese genio particular de la mujer, que mezcla en todo la inspiración y el sentimiento, y para quien cualquier estudio científico es un grado más que la acerca al cielo, he aquí porqué reclamo, sobre todo, una educación profunda para las mujeres. A ellas toca mantener las ideas religiosas en el mundo: ellas son las que deben propagarlas: armemos, pues, sus creencias con todas las armas de la razón. Una preocupación fatal ha puesto una venda sobre los ojos de la fe, lo mismo que sobre los del amor, y ha impedido decir que creer y amar es estar ciego. ¡Blasfemia contra la fe!! ¡Ingratitud para el amor!!! Un poco de ciencia de Dios, mucha ciencia aproxima á él. Bacon lo ha dicho: las mujeres lo probarán; é invencibles de hoy más en la misión religiosa serán á la vez los apóstoles de la razón y del sentimiento.

Nuestro huésped se detuvo después de esas palabras; el conde que, aunque vencido, mas no convencido, guardaba silencio, tentó un último ataque y replicó en burlon:

—¡Admirable programa! Únicamente presenta un inconveniente... mata la familia. ¿Quién guardará á los

hijos mientras la madre contemple los astros?..... ¿Quién gobernará la casa y cuidará del puchero, según dice Moliere, mientras la mujer haga experimentos químicos? Vuestras hijas sabias serán tal vez apóstoles, valiéndome de vuestro lenguaje, pero esposas y madres, no.

Yo me había mantenido sin meter baza, para dejar hablar á nuestro huésped; mas al oír ese eterno sofisma, con el cual se oprime á las mujeres tantos siglos há, exclamé á pesar mío:

—Ved ahí esa antigua táctica que, según dijo también Moliere:

Inmola la víctima

Con sagrado acero.

Se habla de instruir á las esposas y á las madres. Cuidado! dicen todos los partidarios de esta doctrina, vais á trastornar la familia. Se trata de concederles derechos? Cuidado, que vais á destruir la naturaleza femenina! y de esta suerte, ocultando su envidioso despotismo bajo un disfraz respetuoso, prohibiendo á las mujeres todo desarrollo intelectual ó vital, so pretexto de conservar su imperio en la familia, y esclavizándolas luego en la familia, so pretexto de dejarles su carácter de mujeres, trasforman la misma tiranía en un engañoso homenaje. Pues bien, yo os lo digo, en nombre de la familia, en nombre de su salvación, en nombre de la maternidad, del matrimonio y del gobierno doméstico: es menester reclamar para las jóvenes una sólida y formal educación. Definamos, por lo tanto, una vez, esos venerados títulos de que se han hecho

Justo programa de por que sea profesor de educación

tantos instrumentos de sujecion; los títulos de esposa y de madre. Seguramente que nadie acata con mas respeto que yo esas funciones caseras, modestas en apariencia, sublimes en la realidad, porque se resumen en estas palabras: Pensar en los demás; ¿pero acaso en esas funciones se comprenden todos los deberes de la mujer?..... ¿Ser esposa y madre, consiste únicamente en disponer una comida, gobernar criados, velar por el bienestar material y la salud de todos?... ¡qué digo! ¿es solamente amar, rogar y consolar? No. Es todo eso y mas todavía: es guiar y educar; por consiguiente es saber: sin ciencia no se es madre, completamente madre: sin ciencia no se es esposa, verdaderamente esposa. Al descubrir las leyes de la naturaleza á las inteligencias femeninas, no se trata de hacer de todas nuestras hijas astrónomos ni físicos. ¿Se ve, por ventura, que los hombres salgan latinistas por haber empleado diez años de su vida en el estudio del latin? Se trata de templar vigorosamente su entendimiento, con el cultivo de la ciencia, prepararlas para poder compartir todas las ideas de sus maridos y los estudios de sus hijos. Enuméranse todos los inconvenientes de la instruccion y se olvidan los peligros mortales de la ignorancia: la instruccion es un lazo entre los esposos, la ignorancia una barrera: la instruccion es un consuelo, la ignorancia un verdugo: la ignorancia produce mil defectos, mil extravíos, para la esposa. ¿Por qué tal mujer es víctima del fastidio? porque no sabe nada. ¿Por qué tal otra es coqueta, caprichosa, vana? porque no sabe nada. ¿Por qué se gasta en la compra de una joya

que su marido ha ganado en un mes, y por qué le arruina con las deudas que le oculta? ¿Por qué por la noche, estando fatigado ó enfermo, le arrastra á diversiones que le pesan? porque no sabe nada; porque no se le da ninguna idea seria que pueda alimentarla; porque el campo de la inteligencia se halla cerrado á su paso; porque solo tiene el mundo de la vanidad y del desorden. ¡Maridos hay que se burlan de la ciencia, y esta les hubiera salvado del deshonor!

Así, señor conde, no temais la instruccion para las esposas y las madres, que solo ella les hará dignas de su mision; y aunque nunca les serviese para este objeto, diria que debemos dársela.

Hay un hecho que siempre me ha sorprendido é indignado: todas las virtudes que se inculcan á las jóvenes, todos los medios de enseñanza que se les da, siempre tienen por objeto el matrimonio, es decir, el marido. En la joven solo se ve y se educa á la esposa futura. ¿De qué la servirá, suele decirse sin cesar, tal habilidad ó cualidad, cuando sea casada? Su desarrollo personal es un medio, jamás un objeto. ¿Acaso la mujer no existe por sí misma? ¿No será hija de Dios sino cuando sea compañera del hombre?... ¿No tiene un alma independiente de la nuestra, inmortal como la nuestra, aspirando como la nuestra al infinito, por medio de la perfectibilidad? ¿Deja de tener la responsabilidad de sus faltas y el mérito de sus virtudes? Sobre esos títulos de esposas y madres, títulos transitorios y accidentales, que la muerte destruye y la ausencia

suspende, que pertenecen á unas y no á otras, existe para las mujeres un título eterno é inajenable que lo domina y precede todo, á saber: el de criatura humana que, á fuer de tal, tiene derecho al desarrollo mas completo de su entendimiento y su corazon. Léjos, pues, de nosotros, esas vanas objeciones sacadas de nuestras leyes poco estables. En nombre de la eternidad la debeis la luz!

Esa manifestacion de principios puso término á los sarcasmos del conde, y volviéndome entonces á nuestro huésped, le dije:

—Amigo mio, una palabra mas: vos habeis hablado como padre y filósofo, dejadme hablar á mí como ciudadano. Vuestra reforma de educacion no adolece de otro defecto que, el de ser individual, y por consiguiente excepcional; pero esa excepcion solo constituye una esperanza cuando se trata de una necesidad general. ¡Qué importa que un señor emancipe á sus esclavos, si á todos se debe libertar! ¡Qué importa que la ternura de un padre eduque sólidamente á su hija, si son todas las hijas las que deben educarse! Esta obra únicamente puede ejecutarse por la sociedad y disponerla una ley. El Estado paga una universidad para los hombres, una escuela politécnica para los hombres, conservatorios de artes y oficios para los hombres, escuelas de agricultura para los hombres, escuelas normales para los hombres... Para las mujeres, ¿qué ha fundado? ¡Escuelas primarias! y aun no es él quien las ha creado, sino el municipio. Deja á merced de todos los azarosos de la concurrencia individual y del espíritu mercantil

de las instituciones particulares, la educacion de una cuarta parte de las jóvenes francesas. No puede haber desigualdad mas lastimosa. Si para las mujeres existen tribunales y cárceles, es menester tambien que haya una educacion pública para ellas: no teneis derecho á castigar á las que no instruís.

—¡Una educacion pública! exclamó el conde admirado, decid que quereis colegios.

—¿Preferís el nombre de liceos, de ateneos? poco me importa; á las obras me atengo, que no á las palabras. Sean ateneos, ateneos de *externos*. *Ateneos* apropiados, por su enseñanza y organizacion, á la naturaleza de las mujeres: solo los ateneos fundados y sostenidos por el Estado renovarán la educacion femenina, dándola una direccion exclusiva y vigorosa. Los ateneos harán bien, lo que los cursos y los establecimientos particulares hacen mal: los ateneos pondrán la ciencia al alcance de todas las fortunas: los ateneos resolverán el problema de la educacion pública, unida á la educacion privada: los ateneos estrecharán los lazos de familia, permitiendo á la madre conservar á su hija cerca de sí, al par que la fie á la tutela del Estado; finalmente, los ateneos, dando á conocer á fondo la Francia, sus leyes, sus anales, y su poesía, harán mujeres francesas de nuestras mujeres. Solo la patria es la que puede hacer sentir el amor de la patria.

Sellé el labio: el conde se sonrió, tendióme el huésped la mano, y el padre y el ciudadano estaban completamente de acuerdo.